

todos los recursos del cielo para conmovier aquella alma endurecida. Ya habia pasado la hora de la ejecucion; el verdugo estaba en espera de la víctima. Pero por un rasgo de esa longanimidad que la caracteriza, la ley pontifical autoriza á diferir el instante fatal hasta que el desgraciado haya entrado en sí mismo. Si en la tarde sigue insensible, entónces la justicia sigue su curso. El criminal de que hablamos, seguia rechazando con una especie de furor los caritativos consejos que se le daban; se negaba sobre todo á abrir sus labios á la oracion. Por fin, uno de los sacerdotes que acababa de bajar del cadalso, le dijo: "Hijo mio, ya que no quereis rogar por vos, rogad al ménos por vuestro compañero que está ahora en la eternidad;" y se comienza el *De profundis*. Abrió por fin sus labios, rezó la oracion y se anegó en llanto. "Ya es bastante, exclamó; yo no quiero morir como un turco; yo quiero confesarme." Lo hizo, en efecto, derramando muchas lágrimas; recibió los sacramentos y subió luego al cadalso, rodeado de las bendiciones y de las promesas de todo el pueblo. Dulce ya como un cordero, preguntó: ¿Qué debo hacer?—Poned de rodillas; y se puso.—Poned ahí vuestra cabeza; y la puso, y recibió el golpe fatal despues de haber pronunciado tres veces los santos nombres de Jesus y de María. Habíase recomendado al primero, que estaba muy bien dispuesto, que rogara por su desgraciado compañero; sin duda lo habia hecho, y ¿quién sabe lo que vale ante Dios la oracion mezclada con la sangre del culpable que se arrepiente y que muere para expiar sus crímenes? El criminal habia luchado durante más de tres horas; inmediatamente despues de su ejecucion, la campana de San Nicolás *in Arcione*, anunció á los fieles que ya estaban en oracion que todo se habia consumado; eran las dos de la tarde. Se dió en

seguida la bendicion, y se volvió el Santo Sacramento al tabernáculo.

Desde por la mañana, numerosos cofrades habian recorrido la multitud, pidiendo limosna para celebrar misas por las almas de los condenados, las cuales se celebraron hasta ocho dias despues. En cuanto á sus cuerpos, los *Confortatori* los habian llevado religiosamente á la iglesia de la Cofradía, en donde los entierran despues de haber salmodiado el Oficio de difuntos. En el frontispicio de la iglesia se lee por toda inscripcion: *Per la misericordia*; "A la misericordia," y ademas, el patrono del lugar es tambien un condenado; es San Juan Bautista, cuya cabeza, puesta en escultura de piedra, abajo de la inscripcion, forma el único adorno de la fachada.

Me atrevo ahora á preguntar: ¿puede Roma asegurar mejor la salvacion del culpable, mostrar el precio que una alma tiene á sus ojos y hacer del cadalso un espectáculo verdaderamente moral?... Agregad á esto tambien que se procura diferir lo más que sea posible, el dia de las ejecuciones, con el fin de que teniendo lugar poco tiempo ántes de ellas las fiestas del Carnaval y del mes de Octubre, ellas sirvan de contrapeso á esas alegrías harto frecuentes y peligrosas. Dos particularidades sobre el verdugo, darán fin á esta triste materia. Desgraciado del *boia*, cuya morada solitaria está relegada más allá del Tiber, si se atreviese á pasar el puente de Sant-Angelo, excepto en el caso en que su ministerio es necesario; el pueblo le haria pedazos. Por cada ejecucion recibe *tres céntimos*, y esto con el fin de que el deseo de ganar dinero no le ponga en el caso de desear que se cumpla su triste deber. Este último rasgo revela, sin duda alguna, un conocimiento tristemente profundo del corazon humano.

## 21 DE ENERO.

Misa en la prision de Santa Inés.—Bendicion de los corderos en Santa Inés *extra-muros*.—Pormenores sobre el *Pallium*.—Descripcion de la Iglesia.—Iglesia de Santa Constancia.—Oraciones de la tarde.—Visita al cardenal Pacca.

Poder celebrar todos los dias la fiesta de los mártires en el teatro mismo de sus victorias, en medio de los más tiernos monumentos de su valor; tal es el feliz privilegio de los fieles de Roma... Ayer habia tenido el consuelo de ofrecer el augusto sacrificio de las catacumbas de San Sebastian, y en el lugar en que fué depositado por Santa Lucina el cuerpo del ilustre general. Al rededor del altar subterráneo, iluminado por seis antorchas, estaban piadosamente arrodillados hombres y mujeres del pueblo, algunos jóvenes, una princesa y un eclesiástico; parece que todas las clases de la sociedad se habian dado cita para retocar la imágen del cristianismo primitivo.

Hoy debia renovarse este espectáculo, se celebraba la fiesta de Santa Inés. Muy de mañana estábamos en la plaza Navona, prosternados con numerosos fieles en el pavimento de mármol de la magnífica iglesia. Miétras se cantaban en el templo superior las alabanzas de la jóven heroína, nos fué permitido bajar á la crypta en donde la vírgen de trece años habia alcanzado su glorioso triunfo. ¡Que consuelo para el sacerdote hacer correr la sangre divina en el mismo lugar donde corrió la sangre de los mártires y presentar este doble sacrificio al Padre de las misericordias! ¡Qué prenda de salvacion para el mundo! ¡Qué íntimos goces para el viajero! Por poco cristiano que sea cualquiera, se siente penetrado de religion y á su pesar la oracion

le viene á los labios. Al tierno recuerdo de los milagros que fueron necesarios para vencer aquí la oscuridad de este calabozo, como en la gran luz del anfiteatro, á la sociedad pagana, cuya infamia igualaba á su crueldad; á la vista de aquellos muros antiguos, de aquellas bóvedas sombrías, de aquel pavimento de mosaico, testigos diez y siete veces seculares de la victoria alcanzada por la debilidad sobre la fuerza, por la víctima sobre el verdugo, todas las potencias del alma se conmueven profundamente y felicitais á la jóven heroína vuestra hermana, la invocais con fraternal confianza y salís de ahí tres veces más feliz de lo que esperábais, por lo que habeis visto y sentido.

Aquellos afortunados momentos pasaron pronto; el tiempo nos urgia. Se trataba de trasladarnos á la basílica de Santa Inés *extra-muros*, en donde debia tener lugar la interesante bendicion de los corderos. Salimos de Roma por la puerta Pia, seguimos durante una hora la vía Nomentana y llegamos á la iglesia; la multitud se agrupaba bajo el antiguo átrio; sin embargo, pudimos penetrar al santuario y colocarnos en el ángulo del altar, á fin de ver de cerca la ceremonia. Despues de la misa, cantada con música, salió el clero en procesion de la sacristía y volvió á entrar al santuario. Abrian la marcha clérigos que llevaban antorchas, incensarios y agua bendita, venian en seguida dos eclesiásticos con grandes mantos negros, llevando cada uno en los brazos un soberbio cojín de damasco rojo adornado con franjas de oro, en el cual estaba muellemente acostado un cordero blanco como la nieve, con la cabeza coronada de rosas y todo el cuerpo sembrado de lazos de liston rojo. Estos dos corderos, con los cojines, fueron colocados en el altar, uno del lado del Evangelio y otro del de la Epístola. Todos los canónigos regulares de *San Salvador* que

sirven la iglesia, tomaron lugar en el coro. El abad, con su mitra en la cabeza y vestido con la capa pluvial, subió al altar con el diácono y el subdiácono, mientras que la música, colocada en las galerías superiores, ejecutaba una pieza análoga á las circunstancias.

A poco el celebrante pronunció una magnífica oracion perfumada con esa deliciosa poesía cuyo tipo desconocido del mundo, solo se encuentra en el Pontifical romano. Ella comienza por un himno de honor de *Santa Inés*, modelo de pureza y de inocencia, de fuerza y de dulzura; luego, recordando que la costumbre de dar ornamentos particulares á los ministros sagrados, es conforme á la antigua tradicion cuyo origen se remonta al Sinai, desarrolla el espléndido cuadro de los siglos cristianos. Despues de la oracion, arrojó el celebrante agua santa sobre los dos corderos, y los perfumó con el aroma del incienso; de este modo los bendijo. Si la belleza de la oracion y el recuerdo del cordero divino ofrecido en el altar de la cruz no me hubieran ocupado enteramente, hubiera tenido lugar de admirar la tranquilidad perfecta y el silencio de aquellos corderillos cuyos piés estaban adornados con lazos rojos, y que se miraban el uno al otro como asombrados de hallarse en semejante lugar. Despues de la bendicion se dirigió el cortejo á la sacristía, y los dos corderos fueron entregados á un maestro de ceremonias de la basilica de San Juan de Letran. Este, acompañado de dos servidores de la iglesia, los llevó á los piés del Santo Padre, quien los bendijo. El camarlengo de los subdiáconos apostólicos lleva en seguida á aquellos corderos á un convento de religiosas designado por el soberano Pontífice, para que los cuiden. Cuando es tiempo, se esquilan los dos corderillos, y con su lana se hacen los *pallium*, pálios. En la pasqua se sirve en la mesa del papa uno de

aquello corderos, porque es costumbre en todas las familias ramanas comer ese dia un cordero, en memoria del verdadero Cordero inmolado por la salvacion del mundo. Roma es la única en conservar las piadosas costumbres y los tiernos recuerdos.

Si al salir de la ceremonia de Santa Inés, encontráis á los hombres del mundo, estad seguro de que os asaltan los *por qué*. ¿Por qué esta bendicion de los corderos? ¿Por qué las ceremonias que la acompañan? ¿por qué aquel *pallium*? ¿por qué ésto? ¿por qué aquello? Es preciso responder algunas palabras. En la antigua ley, el *Rational* y el *Superhumeral*, 1 distinguien al soberano Pontífice de los demas sacerdotes. La Iglesia ha querido que los primeros pastores del divino rebaño tuviesen tambien ornamentos que les diesen á conocer, que les conciasen el respeto de los sacerdotes y de los fieles, haciéndoles recordar á ellos mismos el origen, el carácter, el objeto de su autoridad; tal ha sido su intencion, revistiéndoles de *pallium*. Como sucesores del Cordero de Dios, deben perpetuar su poder é imitar su dulzura; hé ahí por qué la insignia de su alta dignidad se hace de la lana de un cordero bendito. Su destino es una carga, y deben, como el buen Pastor, conducir las ovelas errantes ó enfermas; hé ahí por qué llevan el pálio sobre sus espaldas. Por fuerza ó por amor del Dios crucificado pueden cumplir su terrible mision; hé ahí por qué el pálio debe estar adornado con seis cruces. El origen del poder que tienen viene de Pedro, y por Pedro del Hijo de Dios mismo; hé ahí por qué, la víspera de la fiesta de los gloriosos apóstoles, se colocan todos los pálios sobre sus sepulcros; de allí se les retira al dia siguiente con gran respeto, se confían á los canóni-

1 Vestiduras que usaba el Sumo Pontífice, tomadas, al ménos la primera, de las que usaba el Sumo Sacerdote de los Judíos.—N. del T.

gos sacristanes y estos los depositan en el tesoro de las reliquias, entretanto son llevados á su destino. El uso del pálio en el Santo Padre se remonta á la cuna de la Iglesia; el favor de llevarlo los primados y los patriarcas, viene del siglo XIV. Con el tiempo, la Santa Sede extendió este honor á los arzobispos de diferentes partes del mundo 2.

Cuando se alejó la multitud, visitamos la iglesia de Santa Inés. Esta basilica venerable está edificada en el lugar mismo en que se encuentra el cuerpo de la jóven heroina. Debe su origen á Constantino, que la mandó levantar á ruego de su hija Constancia, la cual fué curada milagrosamente por intercesion de la gloriosa mártir 3. Los mosaicos del coro son un homenaje del papa Honorio I. Paulo V repuso el tabernáculo, adornó el altar con piedras preciosas y depositó allí el cuerpo de Santa Inés con el de Santa Emerenciana, hermana de leche de la jóven mártir, que fué apedreada por los paganos en el momento en que oraba en el sepulcro de su amiga. Inscripciones que se encuentran en la iglesia, recuerdan que San Gregorio Magno pronunció en aquella basilica dos homilias el dia del aniversario del nacimiento, es decir, del martirio de la gloriosa titular.

Segun su noble costumbre, Constantino enriqueció el nuevo templo con adornos y

1 La entrega del pálio se hace en términos que no dejan duda ninguna sobre la explicacion que precede: Ad honorem Dei omnipotentis, et beatæ Mariæ Virginis, ac beatorum apostolorum Petri et Pauli, Domini nostri N. Papæ N., et sanctæ Romanæ nec non N. Ecclesiæ tibi commissæ, tradimus tibi pallium de corpore B. Petri sumptum, plenitudinem videlicet Pontificalis officii, ut utaris eo intra ecclesiam tuam certis diebus, qui exprimuntur in privilegiis ei ab Apostolica Sede concessis.

2 Ciampini *Monim veter.*, t. III. p. 50; De voti, *Jus can.* t. I, p. 14; Constanzi, *Instituzioni*, etc., p. 17, Durandus, *Rational.*, c. XVII, n. 3; Card. Bona, *lib. I*, c. 24 etc., etc.

3 Anast. in *B. Sylvestr.*

vasos sagrados, dignos de la magnificencia imperial. Se citan entre otros, un cáliz de oro fino con pezo de diez libras; otra pieza del mismo metal con peso de veinte libras; un vaso para las abluciones, de oro purísimo, enriquecido con treinta delfines, con peso de quince libras; por fin, una lámpara de oro, de doce brazos, con peso de quince libras 1. Si los bárbaros se llevaron estos ricos despojos, han dejado al ménos los mármoles preciosos que atestiguan todavia la liberalidad del príncipe y de los primeros pontífices. La iglesia que conserva la forma de las antiguas basilicas romanas, tiene tres naves sostenidas por catorce columnas antiguas, y de ellas cuatro son de jaspe ó de *porta-santa*; las otras, de alabastro, ménos las dos últimas cerca de la puerta, que son de mármol de Numidia. Causa admiracion ver el orden jónico, el corintio y el compuesto, en los capiteles; pero esta confusion de los diferentes órdenes, prueba por una parte que estas columnas han pertenecido á diferentes edificios paganos, y que han contribuido á levantar el templo de la ilustre mártir; y por otra, que el Señor del mundo queria ser prontamente obedecido 2.

Encima de las naves laterales reina una doble galería en forma de pórtico, apoyada en columnas cuya magnificencia en nada cede á las primeras; allí se nota la misma mezcla de arquitectura. El ciprés del altar mayor, historia completa del arte, está sostenido por cuatro columnas del más bello pórfido. La escultura moderna brilla allí en la estatua de la santa en alabastro oriental; la antigüedad pagana da la forma del monumento, con sus columnas de jaspe y de pórfido; la primitiva Iglesia está representada por un candelabro de la mayor riqueza; y por fin, la Edad Média despliega su magnificencia y su génio, á la

1 Id. *id.*

2 Baron., *Ann.*, 324, n. 103.

vez sencillo y sublime, en el mosaico del coro.

La soberbia guirnalda de flores y de frutas que le rodea, se corta en la parte superior del arco, para dar lugar á una cruz radiosa. En el lugar situado directamente abajo de la cruz, se ve salir de las nubes la mano divina, teniendo una corona. Más abajo aparece Santa Inés en actitud de triunfo, es decir, con la cabeza coronada de esmeraldas, y rodeada de la aureola circular, el cuello adornado con collares de perlas, y el cuerpo cubierto con la laticlavia, *túnica*, enriquecida con pedrería, según la costumbre de los emperadores y de las emperatrices del Oriente. Este traje bizantino en un mosaico romano es una prueba más de que en aquella época, es decir, en el siglo VII, se mandaban traer los *mosaístas* de Constantinopla. Poco familiarizados con nuestros trajes occidentales, vestían sus personajes á la moda de su país. La santa tiene el Evangelio sobre su corazón; bajo sus piés se vé la espada que la cortó la cabeza, y de uno y otro lado se lanzan dos haces de llamas, símbolo de su ardiente deseo por los suplicios. Era difícil resumir de un modo más perfecto la epopeya de la jóven heroína. A su derecha está el papa Honorio I, llevando el modelo de la Iglesia; y á su izquierda el papa Símaco, restaurador de la venerable basílica. Ya hemos observado que el conjunto de los adornos de Santa Inés, es como una enciclopedia del arte. Ahora bien, esa reunión de los dos mundos, el uno vencido y el otro vencedor, que contribuyen cada cual á su modo á adornar el templo de una niña; esa larga serie de siglos que al pasar depositan un homenaje á sus piés, forman una de esas deliciosas armonías que Roma tiene el privilegio de presentar al católico, único capaz de comprenderlas.

No léjos de Santa Inés, se levanta en-

tre las ruinas una soberbia rotonda que contiene grandes riquezas arqueológicas; es la iglesia de Santa Constancia. Fué edificada, según se cree, por Constantino, para el bautismo de su augusta hija, y sirvió de bautisterio en la basílica de Santa Inés. Veinticuatro columnas de mármol africano, que forman un doble pórtico, sostienen el edificio. Tres grandes nichos, *loculamenta*, están practicados en las paredes; dos son completos y dan salida al exterior.

El tercero encierra una soberbia tumba de pórfido, trasportada del muelle de Adriano, para recibir los restos preciosos de la jóven princesa. El túmulo está adornado con mosaicos que representan una escena de vendimia muy común en la ornamentación de las catacumbas. En las bóvedas de los otros dos nichos, se encuentran objetos evidentemente más cristianos. En el uno aparece Nuestro Señor en pié, con la mano derecha bendice, y con la izquierda tiene una banderola, en la cual se lee: *Dominus pacem dat*. A la izquierda está San Felipe inclinado ante el divino Maestro, y recibiendo la extremidad inferior de la banderola; Santo Tomás se ve á la derecha, en actitud de respeto y admiración; cuatro ovejas ocupan la base del cuadro con dos pequeñas casas, *tuguniola*, rodeadas de palmeras. En estas figuras se vé á todos los fieles á quien Nuestro Señor da su paz, y á todas las múltiples moradas de la casa de Dios; y por fin, á la Judea, teatro primitivo de aquella escena evangélica 1.

En la otra bóveda, el Hijo de Dios está sentado en el globo, como Señor absoluto de todas las cosas. El tiene el derecho de prometer la paz, y la da á uno de sus discípulos, á quien abraza; este segundo mosaico parece por esto, el complemento del primero. Se observa á la derecha y á la

1 Joan., c. XIV.

izquierda del Señor una gran cantidad de palmeras, para recordar el país en donde el divino Redentor acabó su vida mortal. Que la palmera sea el emblema de la Judea, es un hecho establecido por las medallas de Vespasiano y de Tito, en las cuales se ve una mujer sentada llorando bajo una palmera, con estas palabras: *Judea capta*, la Judea cautiva. Hasta en la parte decorativa han sabido conservar los artistas cristianos las grandes verdades de nuestra historia.

En cuanto á la cúpula, pintada al fresco y en mosaico, presenta en los lados hojas de viñas y racimos, toda una escena de vendimia, y en la parte superior una mujer de medio perfil. Desgraciadamente esta parte del edificio ha sufrido demasiado para que sea posible dar de ella una explicación plenamente satisfactoria 1. Llegó á ser la rotonda la tumba de Santa Constancia, después de haber sido su cuna, y posee un altar muy curioso en donde descansa el cuerpo venerable de la hija de Constantino, con los de las Santas Atica y Artémia, nobles émulas de la augusta princesa.

Ya era tarde cuando salimos, para echar una ojeada al vasto recinto de ruinas que se dice fueron el hipódromo de Constantino. Muros destruidos y carcomidos de los cuales penden yerbas silvestres; hoyos medio cubiertos de tierra y de despojos; viñas plantadas en los lugares en donde antes corrían los carros; hé aquí lo que queda del suntuoso monumento; aquí se puede decir con verdad, que hasta las ruinas han perecido. Desde por la mañana había vivido yo en medio de los mártires; por la tarde debía ver á un confesor de esa misma fe, que tiene el privilegio de ser perseguido hasta el fin de los tiempos. El excelente abate de L... debía presentarme al decano del sacro colegio, al ve-

1 Véase Aringhi, *Rom. subt.*, lib. VI, c. 45.

nerable cardenal Pacca. Al atravesar ciertas calles débilmente iluminadas, fuimos testigos de una de esas piadosas costumbres que solo se encuentran en Roma. La impresión que producen es tanto más dulce, cuanto más sencillas son; y más viva, cuanto más extrañas son á nuestras costumbres francesas. A pocos pasos, delante de nosotros, había una imagen de la Virgen, muy bien iluminada; á uno y otro lado de la calle, hombres, mujeres y niños, colocados en las puertas de las casas, rezaban respondiéndose, las oraciones de la tarde á las cuales dieron fin con las letanías de la Virgen cantadas en coro. Pasais, y nada se interrumpe; el rezo, el canto, continúan hasta que se halla acabado el *Ave María*, salutación angélica con la cual se designa en Roma el declinar del día.

El cardenal Pacca es un anciano de ochenta y nueve años; sus cabellos blancos como la nieve, la delicadeza de su mirada, la finura de sus facciones, la dulzura de su palabra, la amenidad de sus maneras, el aire de afabilidad y de cordialidad difundido en toda su persona, exigen respeto y afecto. Agregad á esto que ama á la Francia. "Los Franceses, me decía él, son naturalmente buenos; valen más que sus principios. Se parecen al hijo del Evangelio que dijo á su padre: Yo no quiero ir á la viña, y por eso fué; mientras que los Alemanes, imitan al otro hijo que dijo: Yo voy; y no fué." A este juicio, cuya exactitud es difícil contestar, siguió el elogio de nuestras mujeres francesas. El augusto príncipe de la Iglesia no sabía cómo exaltar la caridad y desinterés que las caracteriza. "Si la Francia debe salvarse, decía él, será por las mujeres; ellas son dignas de esta misión."